za sobre los fieles del tablero: así, engafar era tirar de la cuerda; con la gafa para montarla en la nuez. Empulgueras eran los agujeros de los extremos del arco donde se fijaba la cuerda; desempulgar, quitar la cuerda de las empulgueras.

La ballesta de bodoques o trabuquete servía para disparar bodoques. Estos eran unas pelotas de barro, hechas en un molde y endurecidas al aire. El molde se llamaba bodoquera, y turquesa porque la inventaron los turcos. Decíase también bodoquera a—"una especie de escalerita de cuerda de vihuela que "se forma en medio de la cuerda de la ballesta; la cual cuando "se arma abraza el bodoque, que se pone encima como en una "caja, y le tiene sujeto para que no se caiga ni tuerza".

La saeta o virote que se disparaba con la ballesta, así como todas las de su especie, se componía de una vara o astil; uno de los extremos estaba armado con el hierro o casquillo, y el extremo opuesto tenía amarradas o fijas de otra manera unas tiras pequeñas de cartón o de pergamino o de plumas, que se conocían con los nombres de aleta oreja o voladera.

La aljaba era una caja ancha por arriba y angosta por abajo, que servía para llevar las flechas; el interior estaba formado de nichos o huecos, cada uno de los cuales se llamaba cachucho, y contenía una flecha. El carcax se diferenciaba de la aljaba en que el interior no tenía divisiones y las flechas iban sueltas. El carcax o aljaba en que se llevaban las saetas, se decía goldre. Linjavera se hace sinónimo de carcax y de aljaba.

El arcabuz era arma de fuego semejante a nuestros fusiles actuales; se diferenciaba en que el cañón era más largo, de mayor calibre, sin bayoneta, y se disparaba por medio de una cuerda encendida que estaba fija en el serpentín. La cazoleta no estaba cubierta con el rastrillo, sino con una pieza que se movía horizontalmente y servía para impedir que se derramara la pólvora puesta allí; el serpentín, semejante al martillo de nuestras actuales armas de percusión, estaba colocado después de la cazoleta, de modo que la curvatura quedaba vuelta a la cara del tirador: en el extremo superior del serpentín se colocaba

la mecha o cuerda encendida, y tirando del gatillo, la punta inflamada de la cuerda se acercaba a la ceba y le daba fuego. Tenía el arcabuz el defecto de ser muy pesado y por lo mismo poco manuable; para atender a este defecto, el arcabucero llevaba el forcon u horqueta, palo delgado y cilíndrico armado de un regatón en un extremo, por el cual se hincaba en la tierra, y un hierro en figura de media luna por el otro extremo, destinado a sostener el arcabuz en el acto de apuntar o encarar el arma.

IV.

El ejército que vino a la conquista de México se reclutó entre los vecinos de la isla de Cuba, de orden de Diego Velazquez, gobernador de aquella colonia. No entraremos en la enojosa tarea de confrontar las diversas cifras que los autores asignan a este ejército; siguiendo la autoridad de Bernal Díaz del Castillo, asentaremos que al pasar revista en Cozumel, isla en la mar de la costa oriental de Yucatán, aquél se componía de quinientos ocho soldados—"sin maestres y pilotos e marineros, que se-"rían ciento y nueve, y diez y seis caballos e yeguas, las yeguas "eran todas de juego y de carrera e once navíos grandes y peque-"ños, con uno que era como bergantín, que traía a cargo un "Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros y trece escopete-"ros, que así se llamaban en aquel tiempo, e tiros de bronce "(*diez, según se saca de otros lugares*), e cuatro falconetes, e "mucha pólvora e pelotas, y esto desta cuenta de los ballesteros "no se me acuerda bien, no hace al caso de la relación, etc.".

El número total de los invasores ascendía, pues, a unos 633 hombres, supuesto que los marineros fueron armados como soldados después de que se dió con las naves al través. Deben rebajarse, sin embargo, los hombres que partieron a España en el único buque que fue librado de la destrucción. El puñado restante vemos que tenía una organización semejante a la de nuestros ejércitos actuales, dividiéndose en caballería, artillería e infantería.

La caballería, aunque en tan pequeño número, fue la arma de mayor provecho en los primeros tiempos de la conquista y por muchos años después. Los ginetes, en lo general, estaban pesadamente armados; en las marchas servían de exploradores y formaban la descubierta, adelantados un gran trecho del cuerpo de los infantes; durante la batalla no acometían en un sólo pelotón, sino que la táctica adoptada en nuestro país prevenía que acometieran por pequeños grupos de dos o tres hombres, que tomaban la lanza por el tercio de la asta, la enristraban poniéndola a la altura del rostro de los enemigos, y en esta posición, poniendo el caballo al trote, se entraban por lo más apretado de los contrarios, sin dar botes ni lanzadas, pues el objeto principal no era herir, sino atropellar y desordenar. A fin de poner mayor pavor en los indígenas, y para reconocerse de noche, los caballos llevaban los pretales adornados con gruesos cascabeles de cobre.

Bernal Díaz conservó los nombres de los caballeros, y aun los colores de los caballos, en la forma siguiente:

"El capitán Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa."

"Pedro de Albarado y Hernando López de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera; y de que llegamos a la Nueva España el Pedro de Albarado le compró la mitad de la yegua, e se la tomó por fuerza."

"Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro."

"Juan Velazquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera."

"Cristóbal de Oli, un caballo castaño oscuro, harto bueno."

"Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazán tostado: no fue para cosa de guerra."

"Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto."

"Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalbo; no fue bueno."

"Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera aunque corría poco."

"Gonzalo Domínguez, un muy extremado ginete, un caballo castaño oscuro muy bueno y grande corredor".

"Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien".

"Moron, vecino del Vaimo, un caballo overo, labrado de las manos y era bien revuelto."

"Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo overo algo sobre morcillo: no salió bueno."

"Lares, el muy buen ginete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor."

"Ortiz el músico, y un Bartolomé García, que solía tener minas de oro, un muy buen caballo oscuro que decían el Arriero: este fue uno de los buenos caballos que pasamos en la armada."

"Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el más rico soldado que hubo en toda la armada, porque trujo un navío suyo, y la yegua y un negro, e cazabe e tocinos; porque en aquella sazón no se podía hallar caballos ni negros sino era a peso de oro, y a esta causa no pasaron mas caballos, porque no los había."

Hemos visto que consistía la artillería en diez bombardas o piezas de algún calibre, y cuatro falconetes, especie de culebrinas de dos y media libras de calibre. Las pelotas o balas eran de piedra, tomadas generalmente de las rodadas en los ríos y compuestas al intento. Los conquistadores no tenían otro modo de transportar la artillería, que tirada por los mismos soldados: tan luego como se concertaron con los totonacas, y después que penetraron al interior del país, se sirvieron de los indios para llevar los cañones, costumbre que prevaleció por mucho tiempo. El capitán de la artillería era Francisco de Orozco, soldado que había sido en Italia, y encuentro nombrados como artilleros a Arbenga, Bartolomé de Usagre, Mesa, Juán Catalán, etc.

La infantería estaba dividida en once compañías. Formaba

una separada la de los ballesteros, otra la de los arcabuceros o escopeteros, y las restantes eran de los soldados de espada y rodela. Cada individuo venía vestido con las armas defensivas que se había podido proporcionar, aunque en lo general, como las piezas de hierro eran muy escasas y caras, usaban de sayos acolchados de algodón, que les bajaban hasta cerca de las rodillas y se llamaban *escaupiles,* corrupción de la palabra mexicana *ichcahuepilli.* Cada compañía tenía su capitán y un alférez conducía la bandera. Bernal Díaz nos relata, que Cortés "mandó "hacer estandartes y banderas labradas de oro con las armas "reales y una cruz de cada parte, juntamente con las armas de "nuestro rey y señor, con un letrero en latín, que decía: Herma- "nos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fé verdadera, que "con ella venceremos".

El ejército reconocía como general a D. Hernando Cortés, y Cristóbal de Olid fue nombrado maestre de campo, empleo que corresponde a lo que hoy llamamos coronel. La tropa en marcha llevaba de común una descubierta compuesta de caballería y de los peones más sueltos o ligeros: seguía luego el cuerpo principal, compuesto de la manguardia, en que iba regularmente la artillería; del centro, en que se colocaban los bagajes y la rezaga: el orden cambiaba según el rumbo por donde era esperado el peligro. Prescott dice que pasaron con el ejército unos doscientos indios de Cuba; Bernal Díaz expresa terminantemente que no pasaron más de cinco o seis, que servían para cargar la mochila de su amo; los demás soldados tuvieron que llevar a cuestas aquella bolsa de tela o de cuero en que conducían sus vestidos y su botin, hasta que ocuparon a los indígenas en cargarlas, poniendo a los tamemes siempre en el centro para que no fueran dañados, ni pudieran huir con la carga.

En la batalla, los rodeleros apoyaban a los ballesteros y a los arcabuceros; se mantenían unidos en las líneas sin dejarse separar por el empuje de los contrarios, y recibían el asalto a manteniente o a pie firme, hasta que convenía avanzar. Los que usaban las escopetas y las ballestas tenían orden de no des-

perdiciar las municiones, tirando a terrero, es decir, a un blanco determinado y no al conjunto de los enemigos. La manera de colocarse para el encuentro era la que el general disponía, según la táctica de la época; en América sabían los soldados ejecutar el caracol, evolución que consistía en dar frente a todos lados como en el cuadro moderno. La señal de acometer la daba el jefe prorrumpiendo en las palabras "Santiago, y a ellos"; o bien, "Santiago, cierra España"; a esto llaman en las crónicas dar el Santiago.

V.

Este pequeño ejército recibió algunos refuerzos, considerables los unos, insignificantes los otros por el número, aunque no por la oportunidad, de los cuales vamos a dar una ligera noticia.

I. Estando aún los castellanos en la recién fundada Veracruz, llegó de Cuba un navío, y por su capitán Francisco de Saucedo, por sobrenombre el Pulido, trayendo en su compañía a Luis Marín, que después fue capitán, y diez soldados: Saucedo traía un caballo y Marín una yegua. (Bernal Díaz, capítulo LIII.)

II. Pocos días después apareció sobre la costa un buque de los de Francisco de Garay, y era enviado por Alonso Alvarez de Pineda o Pinedo, capitán avecindado en Pánuco, con el fin de tomar posesión de la tierra: cuatro hombres desembarcaron al intento, que fueron el escribano Guillén de la Loa, y los testigos Andrés Núñez, carpintero de ribera, maestre Pedro el de la Arpa, y otro soldado. De los cuatro se apoderó Cortés, y además, de dos marineros que pudo sorprender, incorporando a los seis en el ejército. (Bernal Díaz, capítulo LX.)

III. Diego Velazquez, gobernador de Cuba, reunió nuevo ejército, que puso a las órdenes de Pánfilo de Narvaez, con el fin de apoderarse de Cortés. La armada se compuso de diez y nueve navíos, con unas veinte piezas de artillería y mil cuatro-

cientos soldados, contándose ochenta de a caballo, noventa ballesteros y sesenta escopeteros. (Bernal Díaz, capítulo CIX.) De todo ello se apoderó Cortés en Cempoallan, retornó a México con este mayor poder, y en gran parte lo perdió en la sangrienta derrota que los castellanos sufrieron la noche infausta a que apellidaron la Noche Triste.

IV. Careciendo de noticias de Narvaez, Diego Velazquez para adquirirlas envió un pequeño buque al mando de Pedro Barba, del cual se apoderó Pedro o Juan Caballero, puesto en la Veracruz por Cortés. Vinieron en la nave y tomaron partido por D. Hernando, el Pedro Barba, un Francisco López, que después fue vecino y regidor de Guatemala, y trece soldados: trajeron un caballo y una yegua. (Bernal Díaz, capítulo CXXXI.)

V. De la misma procedencia que el anterior y ocho días después, corrió la misma suerte otro navío llegado a la Veracruz, mandado por Rodrigo Morejón de Lobera, quien traía ocho soldados, seis ballestas, mucho hilo para cuerdas y una yegua. (Bernal Díaz, loco cit.)

VI. Estando en la guerra de Tepeyacac aportó a Veracruz un buque de los de la armada de Francisco de Garay, al mando de Camargo, con unos sesenta hombres flacos, amarillos y dolientes, que se internaron hasta reunirse al ejército de Cortés. Muchos murieron de sus enfermedades, y los soldados les dieron a todos el sobrenombre de *los panzaverdetes.* (Bernal Díaz, capítulo CXXXIII.)

VII. Destrozada en Pánuco la armada de Garay, los infelices restos que escaparon y los refuerzos que se les enviaban, vinieron unos en pos de otros a buscar refugio a la Veracruz y a engrosar las fuerzas de Cortés; así que, poco después que el anterior, llegó otro navío al mando de Miguel Díaz de Auz, con más de cincuenta soldados, con siete caballos, que también vinieron a ponerse a las órdenes del afortunado D. Hernando. Los soldados venían sanos, gordos y lucios, y a esta causa los aventureros de Cortés les pusieron *los de los lomos recios.* (Bernal Díaz, loco cit.)

VIII. A pocos días llegó la nave en que venía por capitán Ramírez el Viejo, "y traía sobre cuarenta soldados y diez ca-"ballos, y ballesteros y otras armas". "Y los que traía el viejo "Ramírez traían unas armas de algodón de tanto gordor, que "no las pasara ninguna flecha, y pesaban mucho, y pusímosles "por nombre los de las albardillas." (Bernal Díaz, ibid.)

IX. Acordado que el ejército se estacionaría en Tetzcoco, mientras se fabricaban los bergantines, "viene nueva y cartas, "que trujeron tres soldados, de cómo había venido a la Villa-"Rica un navío de Castilla y de las Islas de Canaria, de buen "porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, e muchas "mercaderías, escopetas, pólvora e hilo de ballestas, y otras ar-"mas: y venía por señor de la mercadería y navío un Juan de "Burgos y por maestre un Francisco Médel, y venían trece sol-"dados; y con aquella nueva nos alegramos en gran manera, y "si de antes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la "partida para Tezcuco, mucho más nos dimos entonces, porque "luego le envió Cortés a comprar todas las armas y pólvora y to-"do lo más que traía, y aun el mismo Juan de Búrgos, y el Me-"del, y todos los pasajeros que traía se vinieron luego para donde "estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen "socorro y en tal tiempo." (Bernal Díaz, capítulo CXXXVI.)

X. Estando en la guerra de México, "digamos cómo en "aquella sazón vino un navío de Castilla, en el cual vino por "tesorero de su majestad un Julian de Alderete, vecino de Tor-"desillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fue de la Pue-"bla, que después de ganado México trajo cuatro o cinco hijas, "que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas; y vi-"no un fraile de San Francisco que se decía fray Pedro Mel-"garejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de "señor San Pedro, y con ellas nos componían, si algo éramos "en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en "pocos meses el fraile fue rico y compuesto a Castilla; trajo "entonces por comisario y quien tenía cargo de las bulas a Ge-"rónimo López, que después fue secretario en México; vinieron

"un Antonio Carvajal, que ahora vive en México, ya muy viejo, "capitán que fue de un bergantín; y vino Gerónimo Ruiz de la "Mota, yerno que fue, después de ganado México, del Orduña, "que asimismo fue capitán de un bergantín, natural de Búrgos; "y vino un Briones, natural de Salamanca; a este Briones ahor-"caron en esta provincia de Guatemala por amotinador de "ejércitos, desde a cuatro años que se vino huyendo de lo de "Honduras; y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y "también vino un Alonso Díaz de la Reguera, vecino que fue de "Guatemala, que ahora vive en Valladolid, y trajeron en este "navío muchas armas y pólvora, etc." (Bernal Díaz, capítulo CXLIII.)

Otras partidas llegaron de menor cuantía, acerca de las cuales no encuentro muy puntuales noticias y que dejo de mencionar. Así, la fortuna y los mismos enemigos de Cortés tuvieron cuidado de proporcionarle recursos, de reparar y aumentar su poder, ya que el atrevido general apenas tenía tiempo para combatir a sus contrarios.

VI.

Tiempo hace me propuse formar una lista general de los nombres de los conquistadores castellanos de México. Esta labor parecerá a muchos inútil y aun mentirosa. Acerca de lo primero no entro en disputa, y dejo a cada quien que opine a su gusto; por lo que respecta al segundo punto, diré cuáles son los materiales de que me he servido, y de su relato se podrá inferir si se pueden o no saber con toda certidumbre los nombres y apellidos de muchos de los aventureros españoles.

Nació en mí la primera idea al leer el capítulo CCV de la— *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España, por el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores,* —intitulado:— *"De los valerosos capitanes y fuertes soldados que pasamos dende la isla de Cuba con el venturoso y muy animoso capitán don Hernando Cortés, que des-*

pués de ganado Méjico fué marqués del Valle y tuvo otros ditados."

El material que de aquí saqué, aumentado con el que la lectura del libro me proporcionó, lo puse por orden alfabético de apellidos, ya porque así era más fácil registrar la lista cuando se quisiera encontrar una persona determinada, ya porque muchas veces se encuentra citado únicamente el apellido sin el nombre de bautismo. En adelante tuve cuidado de apuntar cuanto relativo a este asunto hallaba en los libros que merecieran la misma fe que el de Bernal Díaz, y de esta manera leí a Herrera, Torquemada, Gomara, Oviedo, las residencias tomadas á D. Hernando Cortés y a D. Pedro de Alvarado, los primeros libros del cabildo de esta capital, algunos documentos del Archivo general, etc., etc.

Debo confesar mi ignorancia: no sabía que se hubiera emprendido antes un trabajo análogo. Salí de mi error, y no mortificó poco mi vanidad, al encontrar que el señor don José Fernando Ramírez poseía una copia de la nómina manuscrita de los conquistadores, que existe en el Museo Nacional y perteneció al señor Panes. No lleva el nombre del autor, y yo sospecho que es la escrita por Bartolomé de Góngora en 1632, bajo el título de *Octava maravilla:* noticia es ésta de que también me enteré muy tarde.

Después supe igualmente que el señor don Joaquín García Icazbalceta tenía un fragmento de otra lista, copiado del que le franqueó el licenciado don Agustín Díaz, escrito en caracteres del siglo pasado, y trunco, supuesto que no contiene más de hasta el primer nombre de la D. Este fragmento lleva el título: "Nombres de los capitanes, soldados y esforzados varones que "concurrieron a la conquista y población de este imperio de Nue-"va España, sacados de las historias de Gomara, Herrera, Tor-"quemada, diversos escritores coetáneos y de varias memo-"rias, reales, cédulas y probanzas de algunos para la solicitud de "privilegios, por Bartolomé de Góngora, que escribió en 1632 la "suya titulada:—*Octava maravilla."*—Del contexto de este pá-

rrafo, confuso en el final a mi entender, se puede creer que el trabajo es copia del fragmento de Góngora, o bien que es otro diverso en el que se aprovechó el susodicho de 1632.

Sea como fuere, las dos listas mencionadas no son iguales, distinguiéndose en la calificación y en las noticias relativas a algunas personas, en el número que contienen de conquistadores, y aun en los nombres aplicados a algunos individuos: ambas están formadas por orden alfabético de nombres. El hallazgo de estos papeles me fue de sumo provecho; tomando de ellos lo no poco que me faltaba, comparando y rectificando lo que tenía acopiado, dándole al conjunto la misma forma, logré al cabo formar una lista mucho más correcta, y más copiosa sin disputa, que las dos que la habían precedido, quedando convencido además de que habían bebido en buenas fuentes y debía darse entero crédito a los autores de aquellas noticias. El resultado obtenido en este nuevo estudio, vió la luz pública en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía, tomo 2°., bajo el título de *Conquistadores de la Nueva España,* incluyendo también varios nombres de los conquistadores de Yucatán.

Esto pasaba el año 1853; en 1858 publicó el señor don Joaquín García Icazbalceta el segundo volumen de sus muy interesantes "Documentos para la Historia de México", y en él se registra de la página 427 a la 436, la—*Carta del ejército de Cortés al emperador.*—Acerca de la autenticidad de este documento, puede consultarse el libro que acabo de mencionar; lo que me importa indicar ahora es que la carta, escrita en 1520 cuando se hacía la guerra llamada de Tepeaca, antes de venir a poner cerco a la Ciudad de México, está firmada por quinientas treinta y siete personas, o más bien por quinientas veintitrés, si se suprimen catorce a que les falta el apellido. Este número era entonces el de la mayoría del ejército de Cortés, y hace la misma fé que si fuera lista de revista de una de nuestras tropas regladas.

Los conquistadores de Yucatán los tomé de la obra de Co-

golludo, quien a su vez los sacó de los libros de cabildo de Mérida y de Valladolid.

Además de todo lo nuevo que me encontré en la carta de 1520, añado ahora los conquistadores de Chiapas y de Guatemala mencionados en la crónica de Remesal, quien igualmente los copió de los libros capitulares de aquellas provincias.

Todo ello reunido forma ahora mi lista de conquistadores. Los documentos en que se apoya son auténticos, y la crítica más descontentadiza no podrá menos de admitir estos nombres y apellidos, como los que en realidad llevaron cuando vivos los aventureros a quienes respectivamente corresponden.

He dividido la nómina en siete fracciones. Puse en la primera a los soldados que vinieron a las órdenes de Cortés en 1519. Sube su número a seiscientos siete, y si se les unen los que firmaron la carta, procedentes de la misma época, el conjunto es superior a la totalidad del primer ejército invasor. Esto dimana de que los soldados querían tener la honra de ser los primeros conquistadores; siendo notorio que habían asistido a la conquista, siempre que podían contar con que no se les haría oposición, la mayor parte de los aventureros que vinieron con Narvaez, y de los que llegaron en los refuerzos sucesivos, prefirieron llamarse del ejército primitivo de Cortés, negando a sus verdaderos capitanes. De aquí que aparezcan tantos hombres de D. Hernando, y tan pocos respectivamente de Narvaez y de las demás partidas.

Forman la segunda fracción los soldados de Narvaez, con un total de 387 nombres: hay que unir los que firmaron la carta de 1520; más todos reunidos apenas dan una pequeña parte de este segundo ejército.

En la sección *refuerzos,* tercera del orden por mi adoptado, se registran 147 nombres, entre los cuales van colocados siete nombres que he olvidado o no he podido poner en lugar determinado.

He dicho antes que la tan repetida carta de Tepeaca la fir-

maron 523 soldados; estos forman la cuarta sección, y puse al lado de cada uno la inicial que indica el nombre del capitán con quien respectivamente vinieron.

Las tres restantes secciones están dedicadas a los conquistadores de Yucatán, de Chiapas y de Guatemala. Evidentemente que nos pertenecen las dos primeras provincias, y por esa razón tienen cabida en lo que atañe a México: mas como no militan los mismos fundamentos en favor de Guatemala, se extrañará que la coloque en este lugar: la pongo, porque la expedición que sometió a aquel país salió de México, formada de los aventureros que sojuzgaron nuestra tierra y al mando de uno de los capitanes de más nombradía, don Pedro de Alvarado; además esas mismas tropas sometieron la parte austral del imperio mexicano, llevando sus armas victoriosas hasta más allá de las fronteras. Apunto para Yucatán 167 nombres, 134 de Chiapas, y 364 de Guatemala.

La lista enumera, pues, dos mil trescientos veintinueve nombres. La doy por lo que valga, y sólo quiero hacer notar que he pasado como si fuera sobre ascuas sobre todos los puntos anteriores, de miedo de salir con un prólogo desemejado para una tan pequeña labor.

I.

Conquistadores que vinieron con Cortés.

Abrego Gonzalo.
Acevedo Francisco.
Acevedo Luis.
Aguilar, Alonso de, dueño de la venta de Aguilar entre Veracruz y Puebla; se hizo rico, y en seguida profesó religioso dominico.
Alamilla, vecino de Pánuco.
Alaminos, Anton de, piloto, descubridor de las costas occidentales de Yucatán.

Alaminos, Anton de, piloto e hijo del anterior.
Alaminos Gonzalo, paje de Cortés.
Alamos Gerónimo.
Albaida, Anton de.
Alberza; le mataron los indios.
Alburquerque Domingo.
Alcántara Pedro. *¿Juan?*
Aldama Juan, de Carmona.
Almonte Pedro.
Almodovar Alvaro.
Almodovar Alonso, hijo de Juan el Viejo.
Almodovar, hermano de Alvaro, y ambos sobrinos de Juan el Viejo; uno de ellos murió a manos de los indios.
Alonso Alvaro, de Jeréz.
Alonso Luis o Juan Luis, tenía por sobrenombre el Niño, por ser muy alto de cuerpo; le mataron los indios.
Alonso Martín, de Sevilla.
Alonso Martín, de Jeréz de la Frontera.
Alonso Luis, maestre ginete y diestro en la espada.
Alpedrino Martín de, portugués, ya anciano.
Altamirano Diego, murió religioso franciscano.
Altamirano Francisco, deudo de Cortés.
Alvarado Juan, hermano bastardo de los cuatro de su apellido, Pedro, Gómez, Gonzalo y Jorge; murió en la mar yendo a comprar caballos a Cuba.
Avarado Pablo.
Alvarado Hernando.
Alvarez Chico, Juan; le mataron los indios en Colima.
Alvarez Melchor, de Teruel.
Alvarez Chico, Francisco, hermano del anterior, procurador mayor de la Villa Rica; murió en la isla de Santo Domingo.
Alvarez Rubazo Juan, portugués.
Alvarez Vivano, Juan.
Alvaro, marinero: en obra de tres años tuvo treinta hijos en